

# ABC del IETD

Ricardo Becerra\*

**S**i creemos en los empolvados documentos foliados por el notario Julián Matute Vidal y asociados, el 11 de octubre del año 2019 la asociación civil denominada Instituto de Estudios para la Transición Democrática (IETD) cumplió exactamente treinta años. Mírese como se mire un récord de permanencia, perseverancia y paciencia. También de cierto músculo organizativo, bastante obsesión por la realidad, una producción intelectual que no es desdénable y muchas ganas por reunirse, discutir y estar cerca de los amigos durante tres décadas hilvanadas por una mixtura de unos pocos años promisorios y muchos otros lustros aciagos, inciertos y sombríos pero propicios para la discusión, la reflexión, la elaboración, la introspección y el mutuo socorro intelectual (y anímico).

En una nuez, eso es y de eso se trata el IETD: constancia, obsesión, amistad, reunirse buscando el mejor de los pretextos, ganas de discutir y “hacer algo juntos”.

Personalmente puedo decir que he ocupado más de la mitad de mi vida acudiendo, de vez en vez, al Instituto. No es una actividad sectaria demasiado demandante (un sábado de cada mes, a veces dos, a veces ninguno) y me consta que procura ser interesante, atraer a personalidades relevantes, actores de actualidad, nunca una rutina.

Una cofradía hecha para nosotros mismos por el puro placer de saber más y discutir lo que consideramos importante, saltando sobre una agenda histórica y un puñado de temas que nos desvelan: democracia, elecciones, pobreza, desigualdad, desarrollo, derechos humanos, medio ambiente, violencia, homicidios, gobernabilidad, población, migración, instituciones y siempre, política e izquierda.

Un grupo excéntrico, insistente, que se propone por método no participar en la política aunque ha sido capaz de admitir bastantes excepciones y a pesar de que casi todos sus integrantes han acudido y participado de mil formas en ella.

Bien, pues este grupo estuvo predestinado a desaparecer debido a un extraño designio estatutario envuelto en no se sabe qué razones. Una cláusula traviesa que mandaba disolver el Instituto en el año 2009, una vez que cumpliese exactamente 20 años.

¿Qué estaban pensando los socios fundadores cuando imaginaron que el número de años culminantes podía fijarse en la redondez exacta de dos decenas? ¿Imaginaban que el cambio económico, político y cultural mexicano duraría 20 años y que entonces ya estaríamos en ruta de crecimiento, desarrollo, sustentabilidad, democracia digna de ese nombre, en medio de una sociedad optimista por el influjo de sus tareas cumplidas? ¿O era otra de las jugarretas socarronas de Pablo Pascual Moncayo, que ya estaba pensando en forjar una nueva conversación entre

\* Presidente del Instituto de Estudios para la Transición Democrática (IETD).

los cuates, para poner a prueba la historia y la madurez de ese grupo, una jugada que obligaría a tomar nuevas definiciones en el lejano futuro?

No lo sabemos, o al menos no lo sabían a la vuelta de 20 años los socios que no podían explicar por qué había sido cincelada aquella cláusula de cierre. Lo que sí supimos todos en ese 2009 es que teníamos enfrente un periodo de cesura, en el que no serían los recuerdos sino puro trabajo nuevo el factor que acabaría decidiendo si el IETD sabría encontrar los arrestos y la voluntad para relanzar su barco, por otros tantos años, en las aguas más o menos consolidadas del pluralismo mexicano.

\* \* \*

El IETD no debía morir, fue la conclusión de entonces y debíamos relanzarlo hacia otro ciclo toda vez que la “transición democrática” ya había terminado y, en consecuencia, se planteaban problemas nuevos a la acción y al pensamiento políticos.

Fue una discusión que cruzó muchas sesiones abiertas, reuniones de la Junta de Gobierno y que mereció varios debates formales. Y aunque no alcanzó a crear un consenso interno que propiciara el cambio en nuestro nombre, sí animó a la elaboración de varios pronunciamientos —algunos importantes— sobre el curso político del tiempo que vendría.

De tal suerte, a la primera veintena de años hubo que agregar otra decena para sumar treinta, ahora, en 2020. Si el Instituto vio terminar la transición democrática en 1997, si vio cómo se asentaba un régimen pluralista en medio de problemas inmensos que se antojan irresolubles, ahora nos corresponde descifrar una nueva estación que ha venido a relativizar y poner en cuestión muchas de las certezas que produjo aquella etapa: los partidos que la protagonizaron, los valores que la envolvieron, las reglas que la permitieron.

De modo que la discusión intelectual del Instituto ya lleva tres ciclos históricos: el seguimiento del proceso democratizador, la consolidación democrática y el inicio de un periodo incierto cuyos rudos perfiles distinguimos ahora, luego de las elecciones federales del año 2018. El país de la vida del IETD es un país que ha mutado, políticamente, tres veces. ¿Existen las suficientes reservas de energía para enfrentar y abordar la comprensión de la nueva etapa que se constituye ante nuestras narices? A mi modo de ver, ésta es la pregunta que debemos responder en los treinta años de celebración.

\* \* \*

Uno de los méritos indiscutibles de los socios fundadores del Instituto es que quisieron “hacer algo” en medio de las turbulencias de aquella época, luego de las fusiones y recontrafusiones de la izquierda, las elecciones de 1988, aquel fraude electoral y el vértigo del reclamo democrático. “Algo” muy difícil de conseguir: no un germen de partido; no una ONG concebida como agente de denuncia; no una agrupación política con un solo tema, puesta y dispuesta para el subsidio; tampoco

un *think-tank* clásico que lleva al mercado sus talentos o sus ideas. Se trataba de un grupo intelectual de discusión consuetudinaria, un referente crítico, un colectivo en el que se practicara la democracia de la elaboración y, como a mí me gustaría llamarlo, un “grupo de interpelación”, de desafío constante a los prejuicios, a los tópicos, a los intereses ilegítimos, a los dogmas antidemocráticos, vengan de donde vengan, siempre desde una mirada bien plantada en la izquierda y sus coordenadas esenciales de igualdad y libertad.

El mérito de los fundadores del Instituto, de aquellos que constituyeron la primera junta —Dulce María Pascual, Rosalba Carrasco, Eugenia Huerta, Rafael Cordera, Rolando Cordera, Arnaldo Córdova, Gilberto Guevara, Antonio Gershenson, Arturo Whaley, Raúl Trejo, Pablo Pascual, Luis Salazar, Adolfo Sánchez Rebolledo, Enrique Provencio, Julia Carabias, Rosaura Cadena, Fabián González y José Woldenberg—, no es sólo su obstinada necedad para “hacer algo juntos”, sino la perseverancia y el reclamo para ejercer el derecho legítimo de existir con identidad intelectual propia en un ecosistema político que tenía —y tiene— mucho de salvaje.

Llegamos al año treinta de ese modo: con la misma obstinación y con genuina insatisfacción. Si hubiera que resumir el sentimiento colectivo, diría: no nos gusta lo que vemos en materia política, en materia social, económica o ambiental. No es lo que esperábamos y las cosas que vienen no auguran un curso mejor. Por eso, cierto sentido del deber nos convoca a estar juntos, a seguir alertas y erguidos en un talante crítico: no nos gusta lo que vemos y por eso, tal vez, sea necesario replantear nuestro programa.

Esto no es ni será fácil, pues el Instituto acusa ya la fatiga histórica propia del tiempo y de decenas y decenas de trayectorias centrífugas. Pero creo que el IETD puede encontrar inspiración y fuerza en todo su trabajo precedente y en el reflejo consolidado de un puñado de intelectuales y maestros (nuestros maestros) vastamente respetados y apreciados gracias a su temperamento polémico. El seguimiento de sus dichos y hechos no es cosa de meses, sino de décadas, y no sólo por razones académicas. Creo poder hablar por todos, los jóvenes de ayer y de hoy, cuando digo que nuestra pertenencia al IETD se debe a las cualidades personales de ese núcleo originario, al hecho simple de su solidaridad y compromiso con las causas que se conocen y se razonan, al inmenso afecto que rodea sus sesiones, las reuniones y las comidas, que consolidan siempre la sensación de una vertiente lejana a la pedantería profesoral y muy cercana a la generosidad.

No sé si en la Asamblea de los treinta años decidamos continuar en el camino pero sé, al menos, que asistiremos con una ventaja: una amistad colectiva probada, la experiencia de lo andado durante treinta años y cierta conciencia de lo que no debe hacerse.

Creo que es preciso aplaudir el trabajo de los antecesores, los integrantes, las juntas y los presidentes: Pepe Woldenberg, Pablo Pascual, Luis Salazar, Luis Emilio Giménez Cacho... (y ninguna mujer), quienes, siempre de buen modo, supieron mantener la cohesión fundamental en tiempos muy polarizados, sacar a flote los engorrosos asuntos administrativos con pocos recursos, mantener vivos los proyectos indispensables (nuestra *Configuraciones* muy principalmente), nunca

esconder la cabeza y siempre elaborar un pronunciamiento sobre los temas vitales del momento. En esa medida, encontrar la formulación equidistante que nos permitiera “hacer algo juntos”.

A Eugenia Huerta y Antonio Bolívar les debemos la vida de esta revista casi heroica, su cuidadosa edición y su impresión limpia, de calidad global, diríamos.

Ahora bien, los últimos diez años son los que me correspondieron administrar, hasta hoy, 78 reuniones mensuales algún sábado de cada mes (varias de ellas, de contenido memorable), 36 reuniones de Junta de Gobierno y merced a la tenacidad de Rolando Cordera, 50 números de *Configuraciones*, algunos de los cuales han alcanzado resonancia por su amplitud de miras, utilidad y calidad.

Dos libros colectivos aparecidos gracias a la participación de la editorial Siglo XXI, *Equidad social y parlamentarismo* y el *Informe sobre la democracia en México*, además de una treintena de pronunciamientos (siempre públicos y publicados, siempre de consenso entre nosotros) en torno a los asuntos más significativos o delicados de la coyuntura. Cosas que no hubiesen sido posible sin la disposición y el convencimiento de dos personas que han acompañado con desinterés y amabilidad las labores cotidianas del IETD: Nataly Guzmán y Víctor Vega.

En la medida de ese trabajo, en la medida que se concretan esas iniciativas, nuestro Instituto ha existido, ganado respetabilidad y una cierta visibilidad pública, cosas que tan bien sintetiza la redondez de nuestro, presente número 50.

\* \* \*

Pero la pregunta permanece, ¿debe continuar? O mejor aún, ¿tenemos las energías políticas, intelectuales y personales para seguir adelante?

He escuchado a varios compañeros decir: el IETD es más necesario que nunca, con lo que se refieren —creo— a la inmensa paradoja instalada en estos meses: la política y la democracia están amenazadas y viven retrocesos de distinta gravedad, pero ahora por pulsiones e iniciativas que vienen de la política misma.

Los peligros que se ciernen contra la democracia no serían ninguna novedad, pues ya los primeros años del siglo XXI fueron ensombrecidos por el estancamiento, la cancelación de expectativas, los inverosímiles episodios de corrupción y la imparable y trágica crisis de seguridad. Lo novedoso es que las amenazas son provocadas hoy por la propia política y los políticos, desde lo más alto del poder público, pasando por los ejecutivos locales, los congresos y los partidos. O sea: ahora, la inseguridad y la inestabilidad provienen también de la política misma.

Por increíble que parezca, los fenómenos más disruptivos y antidemocráticos que alimentan el miedo y la incertidumbre son el resultado de decisiones deliberadas y perfectamente conscientes. Eso parece ser lo característico del pasaje inaugurado hace apenas un año. Y hacen falta estudios, análisis, elaboración de argumentos y esos grupos de interpelación que sepan dar el debate público llegado el caso. Por lo demás, se trata de una misión muy típica del IETD.

Como quiera que sea, grupos que se juntan “para discutir” no sólo son raros en nuestro ambiente, sino que generan lo que un italiano llamaba “el laborioso

fermento de los principios objetivos necesarios para descifrar el curso del mundo”. Por eso, es posible que estemos ante la obligación de sostener este debate, negarnos al enmudecimiento y construir una renovada plataforma intelectual frente a los extravíos, significados y resignificados que plantean los nuevos vientos.

Por lo pronto, el Instituto puede decir con orgullo que ha cumplido y al mismo tiempo ha sido una obra cultural. Un espacio para desarrollar la inteligencia crítica y un especial rigor en su relación con los acontecimientos. Un espacio austero para aprender de los compañeros cuya marca de la casa es el placer por conocer y el agasajo de la amistad duradera.

Yo creo que un espacio así le hace falta a México, a su política, a su vida intelectual y, sobre todo, a nosotros mismos.

Así, pasado el tiempo, situados este día de nuestro precario futuro, podemos mirar atrás para reconocer nuestra peculiar historia, y decir, con nuestros restos de ridículo optimismo, luego de treinta años: “Y sin embargo, llegamos”.**Ω**